

Responso para un bandolero

Enrique Volpe, nacido en Italia en 1938 y llegado a Chile a los 10 años, nos da cuenta de sus vivencias en el campo chileno en su novela "Responso para un bandolero". En ella nos habla del cardo negro, que en el lenguaje de los bandoleros significa bandido de los campos, y logra con maestría reconstruir el universo de Segundo Catalán, el corralero que vivía en Vivaceta, el último gran salteador de la zona de Chacabuco. Volpe lo conoció durante 26 años y dado el diálogo constante que tuvo con los propios bandoleros, puede darnos a conocer las oraciones que empleaban, sus canciones, supersticiones, la simbología del cuchillo y en definitiva el paso de estos seres anónimos que antaño hicieron historia.

"Responso" versa sobre un mundo que se fue y que es bueno recordar. Segundo Catalán -personaje central de la novela- es un viejo "que hace apenas unos quince años aún se paseaba erguido y como desafiante por esas peligrosas callejuelas del barrio Vivaceta". Esas calles ahora son el reflejo de un pasado que se va reconstruyendo página a página. Pasan los años, sus días se confunden con el siglo y a la manera de "macho



anciano al desandar lo andado", comparte su última estancia aquí en la Tierra con su hermana menor, que lo cuida desde hace más de una década. Los tiempos se entremezclan, aparece el 'Flaco Manuel', muerto a tiros en una de las quebradas de la cuesta de El Melón; el 'Chivato Marín', poeta popular, "cuyos versos eran la crónica rimada de los sucesos ocurridos en las cercanías de Santiago", en cuyo

canto relataba la muerte de los bandoleros que caían en manos de la policía; el recuerdo vivo de Elisa Galdámez, su amor de hombre nómada. En fin, es el viajero inmóvil de sus recuerdos, que se ve a sí mismo como un caballero antiguo, porque entre los bandoleros había también un rango, una casta, un señorío cifrado por su propio código de lealtad.

Acompañado siempre de su Colt 38 y

respetado por sus coterráneos, camina a pasos lentos y con la frente erguida por las distintas situaciones de esta narración, que trae a la memoria el "Eloy" de Carlos Droguett, pero con la clara diferencia de que Volpe nos habla como si fuera el propio Catalán el que relata la historia.

Hay en esta novela un halo de la "Escritura de Raimundo Contreras", de "Canto al macho anciano", de Pablo de Rokha, en el sentido de que es un retrato profundamente humano del hombre y de su tiempo.

José Miguel Varas lo define a Volpe con las siguientes palabras: con su corpachón de 1,85 y su buen quintal métrico largo de peso, Enrique Volpe es tal vez, junto con Coloane, el más grande de los escritores chilenos vivientes. Fallecieron Manuel Rojas, Pablo de Rokha y otros de gran desplazamiento.

Es obvio que Varas se sirve de la envergadura física como metáfora de la literaria, pues pocos son hoy los escritores capaces de entregar una literatura verdadera. Uno de ellos es Enrique Volpé. Con él nos dejamos llevar por la trama, y somos capaces de sentir junto con Segundo Catalán el vértigo, el amor fugaz y la tremenda lucha con lo que llamamos tiempo.